

TEXTOS/ JOSÉ PIÑAR

DESCARGA

Me he preguntado bastante últimamente por el modo en que surgen las imágenes que se distribuyen por los cuadros que he estado haciendo en los últimos dos o tres años. A todos los suelo llamar con el mismo título bastante genérico de *Descarga*.

En realidad esta serie empezó hace unos cuatro años tras un parón que coincidió con una estancia de varios meses en el extranjero. No hice gran cosa allí. Al volver tampoco. Lo único que me ocupó desde un punto de vista más o menos creativo fueron unas pequeñas libretas de papel vulgar que a ratos llenaba con imágenes sugeridas por la experiencia de estar *fuera de casa*. Allí pinté con medios muy económicos (acuarela, tinta) cosas que me parecía haber visto; paisajes, exposiciones que me habían gustado, cielos con nubes, cosas sacadas de recortes de revistas *guais*, lo que fuera. Esto no parece ser gran cosa, pero la verdad es que nunca antes lo había hecho. Soy un pintor completamente autista en ese sentido. Unos años antes yo me podría haber ido a Laponia o a Nueva Zelanda y hubiera seguido haciendo los mismos cuadros. O, mejor dicho, hubiera seguido la progresión lógica que los cuadros imponían sin aparente influencia exterior. Precisamente ésta mirada al exterior me sirvió para olvidarme de tanto plan previo como solía necesitar para ponerme a pintar. Así empezó esto de la serie *Descarga*.

Me hace gracia la imagen aún tan romántica que algunas personas, incluso próximas al proceso creativo, tienen de éste. De todas estas imágenes la que me produce más sonrojo es aquella del escritor o el músico ante la página o la partitura en blanco, el escultor ante el bloque de mármol informe o, como no, la del pintor ante el lienzo también muy blanco. Ese cuadro de angustia existencial, de impotencia creativa, de miedo escénico (sin estar en ninguna escena) o de *horror vacui* me resulta incomprensible.

A mí particularmente, que me dedico sobre todo a la pintura de toda la vida, no me molesta ni incomoda la tela en blanco. Tampoco puedo decir que me sugiera ni me invite. Un lienzo perfectamente blanco y tensado en un bastidor es, en sí, un objeto perfecto. Podría convivir con varios de ellos a mi alrededor en el estudio durante mucho tiempo sin sentir ninguna necesidad de “sacarles lo que esconden” o algo así. La mirada rebota.

¿Qué hay que hacer entonces con ellos? Pues hay que estropearlos. Hay que romper la blancura perfecta y esa capacidad suya para no molestar los pongas donde los pongas. ¿Cómo? Simple; hay que hacer algo, lo que sea. ¿Qué más da para empezar? En el mismo momento en que se dibuja una línea o cae un goterón de pintura, ya tienes un problema. Entonces tienes un problema, antes no.

Así que básicamente la serie *Descarga* es el fruto de fastidiar magníficas telas que estaban tan bien tensadas en sus bastidores, tan blancas. O tacos de papeles igualmente blancos, de gramaje y absorción perfectos, tan bien empaquetados cuando los compras en grupos de veinticinco. En cuanto les haces algo, lo que sea, se convierten en quebraderos de cabeza.

TEXTOS/ JOSÉ PIÑAR

Lo que quiero decir es que nada sucede ni nada produce angustia hasta que uno no decide poner en juego ciertos resortes. Para mí se trata de eso, y creo que siempre ha sido eso; plantear unas ciertas reglas, lanzar un dado y ver qué pasa, sobre la marcha.

La improvisación inicial da paso a la visualización del problema y las múltiples posibles soluciones. Se analizan, se desechan, se decide... Si no hay ninguna vía que parezca mejor que otra se elige cualquiera, y si no hay ninguna vía que parezca buena la solución cae por su propio peso; se hace algo más, que no se diga que somos cobardes. Ahora sí es comprensible la angustia, el bloqueo, el miedo a hacer algo que lo estropee todo. Pero, ¿cuando la tela esta blanca? ¡Por favor!

Hace poco tuve la suerte de ver una proyección de la película rodada en 1973 en el estudio de Miró. Se titula *Miró 73. Toiles Brûlées*, de Francesc Català-Roca. En ella aparece Miró ya bastante viejo, aunque le quedaban todavía diez años para morir. El hecho es que me impresionó ver a aquel señor mayor que, con un ayudante a su lado, se dedicaba a fajarse con unas telas enormes. Echaba pintura de grandes botes de un modo que cualquiera hubiera descrito como *al tún tún* (se limitaba a fastidiarles la blancura, ya te digo si sabía el buen hombre lo que hacía), y luego los restregaba con algo que parecía una vulgar fregona, pintaba aquí y allá con brochas grandes y en un momento dado le pegaba fuego a la pintura, que sin duda era de algún tipo inflamable. Mientras el cuadro estaba ardiendo con llamas que casi llegaban al techo, el tipo seguía dándole con la fregona llena de pintura con una energía y una determinación total. Vaya con el viejo. Cuando ya asomaba el bastidor por detrás e incluso éste también empezaba a quemarse, lo pintaba como si fuera la propia tela. Si no quedaba contento tumbaba el cuadro en el suelo sucio con la pintura hacia abajo y caminaba sobre él. Eso era una pelea en toda regla.

Claro que yo conocía alguno de esos cuadros de Miró, pero no había visto la película. No me imaginaba lo potente que era la imagen del pintor viejo haciendo cosas a las telas que suponen un gasto de energía que a mí, que debo tener la mitad de la edad que tenía él en ese momento, me parece brutal. Sin embargo ahora sí me siento parte de esa actitud en cierto modo. Es mi tradición. He decidido que mi raíz es ésta y no la pintura re-pensada, calculada y meditada. Es esta otra, la de la pintura aventurera, la de la pelea con algo que debe encajar, si es necesario a golpes. Y es más una actitud mental, que no quiere decir que haya que quemar y patear cuadros. Hacer algo inesperado y ver si tiene arreglo. Hacer algo que debería ser definitivo y descubrir que todo está peor aún. Darle la vuelta (físicamente) a la tela o caminar alrededor de ella mientras está tumbada en el suelo y darse cuenta de que, visto desde aquí, el cuadro ya estaba casi acabado. Esa es la actitud.

Esas son las cosas que pasan cuando no se tiene ni idea de cómo es el cuadro que se está pintando. Romántico también, ¿no?